

Desconfío mucho de un medio objetivo: no tiene ningún sentido. Hay quien me dice que, por esto, renuncio a la verdad. Sí, renuncio a la verdad objetiva que es generalmente la del dueño, la del capitalista, la del poderoso.

Gianni Vattimo

Es el fin de las noticias como construcción cultural en tanto y en cuanto las hemos conocido. Y es el fin, por ende, de los grandes medios como esos grandes actores que concitaban la atención de amplios sectores de la sociedad y, por ende, generaban el armado de la agenda pública.

Pablo Boczkowski

Los partidos políticos funcionan cada vez menos como punto de aglutinación de demandas colectivas. Entonces, esas voluntades colectivas se estructuran a través de instituciones que no son tan tradicionales respecto del sistema político. Y una de ellas, muy central, son los medios de comunicación.

Ernesto Laclau

Hay una pelea por definir quién es el representante frente a los poderosos. Si los poderosos son el Estado y los políticos, los representantes pueden ser los medios, los periodistas. Si los poderosos son las empresas, las corporaciones, es el Estado el que me protege como representante del interés general ante los intereses particulares.

Gabriel Vommaro

Ante mecanismos como internet, los Estados buscan con desesperación darlos vuelta, intentan preconstituirlos y prefigurarlos. Y se hacen campañas sistemáticas sobre esto, pero aquí queda claro que internet no es solo un elemento productivo: también es un elemento de libertad.

Toni Negri

Internet intensificó la coexistencia multicultural y aumentó los conflictos en todo el mundo. En cualquier lugar experimentaremos las tensiones interculturales y cualquier sitio puede ser una frontera.

Néstor García Canclini

ISBN 978-987-614-444-5



9 789876 144445

ci Capital intelectual

Ivan Schuliaquer

EL PODER DE LOS MEDIOS

**Seis intelectuales en
busca de definiciones**



ci Capital intelectual

de que en relación a lo que eran hace 60 años, están en crisis. Pero están en crisis porque la lógica de cierta comunicación de masas lo está, no el objeto medio de comunicación. Tiene configuraciones y formas distintas, como Facebook, pero el poder de los medios sigue y seguirá siendo muy alto. ¿Qué configuración tendrán? ¿Cómo contarán las historias? ¿Cómo se financiarán? Todo eso va a cambiar. De hecho, ya está cambiando.

Capítulo 3

Medios, hegemonía y populismo.

Entrevista a Ernesto Laclau

Pese a lo que pensaba el discurso marxista clásico, la estructura social se volvió cada vez más pluralista. Así, en lugar de que las clases medias y el campesinado se extinguieran para dar lugar al último conflicto de la historia entre los proletarios y la burguesía capitalista, la sociedad se volvió cada vez más heterogénea. De esa manera, decía Ernesto Laclau inspirado en Antonio Gramsci, la articulación política entre sectores diversos pasó a ser cada vez más central.

Laclau, que nació en Buenos Aires en 1935 y murió en Sevilla en abril de 2014¹⁹, es reconocido a nivel planetario por la potencia de su filosofía política, a partir de la cual ha creado escuela teórica para describir el mundo actual, la manera en que se construyen las identidades sociopolíticas y las posibilidades que tiene un proyecto de cambio de volverse exitoso en la práctica.

¹⁹ Su muerte llegó en medio del proceso de edición de este libro. A fines de enero de 2014, el teórico leyó la versión final de esta entrevista y auguró un encuentro en el mes de agosto en Buenos Aires, con el libro ya publicado.

Laclau dejó la Argentina en 1969 camino de Oxford, donde hizo su doctorado apadrinado por el historiador Eric Hobsbawm. Desde entonces, vivió en Inglaterra, donde se desempeñó como profesor de Teoría Política en la Universidad de Essex, aunque también fue profesor invitado en prestigiosas universidades de distintas partes del mundo. Desde el principio, se preocupó por lo nacional-popular: entre fines de los cincuenta y su partida, había militado en distintas variantes del socialismo argentino, con un paso prolongado por el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, fundado por Jorge Abelardo Ramos.

Para Laclau, la actividad intelectual y la política iban de la mano. En los ochenta, eso se tradujo en un texto paradigmático de los trabajos posmarxistas y posestructuralistas: *Hegemonía y estrategia socialista* (coescrito con Chantal Mouffe). Ese libro sostenía que la teorización marxista había llegado, a mediados de los setenta, a un punto muerto y, en tiempos en que la centralidad de la clase obrera se había diluido, priorizaba los momentos de la articulación política y de la hegemonía. Allí afirmaban que no hay política radical sin un adversario y que había que bregar por una democracia plural que se levantara contra distintas formas de subordinación. Contra la de clase, pero no solo contra ella: también contra las de sexo, las de color de piel y otras. Es decir, proponían una política que encarase “tanto las cuestiones ligadas a la ‘redistribución’ como al ‘reconocimiento’”²⁰.

A ese libro siguieron otros paradigmáticos como *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), *Emancipación y diferencia* (1996), *Contingencia, hegemo-*

nía, universalidad (con Judith Butler y Slavoj Žižek, 2000), *La razón populista* (2005) y *Debates y combates* (2008).

Pero además de discutir al marxismo clásico, su propuesta –influenciada por sus análisis de Lacan, Derrida, Foucault y Althusser– va a contramano de las teorías de la democracia liberal, como la de Jürgen Habermas. Así se enfrenta a quienes postulan que las cuestiones públicas deberían saldarse a partir de debates en los cuales los individuos, despojados de intereses particularistas, buscarían los mejores argumentos para llegar a acuerdos. Para Laclau, una esfera pública que funcione así es una imposibilidad conceptual. Por el contrario, las identidades se construyen entre las diferencias y las equivalencias²¹. Con lo cual, no existe la posibilidad de una superación definitiva de los antagonismos sociales. Entonces, deben crearse fronteras políticas porque “sin conflicto y división, una política pluralista y democrática sería imposible”²².

Desde su trabajo, Laclau aseguraba que la línea divisoria de aguas contemporáneas está entre las teorías que, como las de Antonio Negri, afirman “la posibilidad de una universalidad que no esté políticamente construida ni mediada” y aquellas que, como la suya, aseveran “que toda universalidad es precaria y depende de una construcción histórica creada sobre la base de elementos heterogéneos”²³.

En esa línea, en la última década Laclau rescató el concepto de “populismo”, que muchas veces es utilizado como insulto en el sentido común –pero también desde la teoría social y política–, para restablecer su importancia y sus razo-

21. *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

22. *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (con Chantal Mouffe), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004 (1985).

23. *Debates y combates*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008.

20. *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (con Chantal Mouffe), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004 (1985).

nes. Desde ese lugar, afirmó que un proyecto de cambio debe construir un pueblo: una figura que supere a la de la lucha de clases en un mundo plural y en el que el grupo social no es sino una articulación de demandas heterogéneas. Para eso, se trata de que se generen cadenas equivalenciales entre grupos diversos que permitan construir un “nosotros”.

Con la llegada de gobiernos progresistas a la cabeza de varios Estados de América del Sur, muchos de los cuales podrían ser calificados como populistas de acuerdo con su definición, la teoría de Laclau encontró particular resonancia. La potencia de su trabajo, al mismo tiempo, hizo que el teórico fuera fuente de consulta repetida de algunos de esos presidentes, a los que manifestó su apoyo públicamente.

La aparición de gobiernos populistas responde a salidas de crisis en las que, según Laclau, se conjugaron dos procesos: una gran expansión horizontal de la protesta social –en la que gente que no tenía acceso a la esfera pública empezó a tenerla– y un proyecto de transformación de la estructura del Estado. De esa manera, ofrecieron un proyecto de cambio en tiempos en que “las grandes narrativas emancipatorias del pasado están en franca decadencia”²⁴.

Con el arribo de esos líderes al gobierno, el debate por el rol de los grupos mediáticos que tienen mayor audiencia tomó una publicidad inédita en la región. Desde entonces, pareciera existir una batalla por saber quién tiene la legitimidad suficiente para representar a la ciudadanía en cada uno de esos países. Esa disputa, aunque con evidentes diferencias en las maneras en que se dan y se desarrollan los conflictos en

cada país, ocurre muchas veces entre los gobiernos y los grandes grupos mediáticos, a los que esos presidentes nombraron como su principal oposición política.

Si los gobiernos son populistas, en la dicotomización del espacio social los actores se ven de uno u otro lado de los campos enfrentados. Así, para el “nosotros” encarnado en la alianza entre líder y pueblo, muchos de esos medios son colocados en un “ellos”. “El populismo se presenta a sí mismo como *subversivo* del estado de cosas existente y también como el punto de partida de una *reconstrucción* más o menos radical de un nuevo orden una vez que el anterior se ha debilitado”²⁵.

En ese sentido, los medios de comunicación son un campo de disputa permanente. Por lo cual, no solo no están ajenos ni a las pujas hegemónicas ni a la dicotomización del campo social, sino que, por el contrario, son parte constitutiva de ellos.

A la vez, no hay hegemonía sin representación. Y tanto los medios de comunicación como el gobierno buscan representar a la sociedad de diferentes maneras. En la teoría de Laclau esa disputa es central porque la voluntad del pueblo no es anterior a ese momento: la voluntad del pueblo se constituye durante la representación.²⁶

—¿Qué es el populismo?

—El populismo no es una ideología. El populismo es una forma de construcción de lo político que se basa en interpelar a los de abajo frente al poder, pasando por encima de todos los canales tradicionales de vehiculización de las demandas colectivas.

24. *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda* (con Judith Butler y Slavoj Žižek), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003 (2000).

25. *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

26. *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

Todo proceso de cambio debe tener una dimensión populista esencial que rompa con una situación anterior. Ahora, el populismo puede ser de izquierda o de derecha: esa interpelación extrasistema puede ser hecha desde muchos puntos. O sea que calificar una política de populista no quiere decir que uno esté a favor o en contra de ella: eso depende de la ideología que uno tenga.

—El término “populismo” muchas veces se usa como descalificación.

—Por supuesto, porque hay una especie de institucionalismo básico en el poder conservador que intenta, para mantener las cosas como están, reproducir el sistema a través de las formas institucionales comunes y corrientes. Pero siempre que haya un corte con el modelo general que se ha implementado en el país, habrá un renacimiento populista. Es decir, interpelaciones populares que rompan con el cuadro institucional existente, al que se defiende haciendo del institucionalismo un principio abstracto ante el que el populismo aparece como el campo del desorden, la demagogia, la falta de restricciones al gasto público y todas estas cuestiones asociadas con una imagen que se intenta crear.

En definitiva, las instituciones son la cristalización de relaciones de fuerza entre los grupos que forman un campo de dirección y organización de la sociedad. Entonces, cuando hay un proyecto radical de cambio, ese equilibrio entre los grupos se quiebra y surge una ruptura populista y la apelación a nuevos sectores para representar al pueblo frente al sistema. Eso es justamente lo que el sistema no acepta.

—Para lograr esa ruptura, dice usted, es fundamental la lucha por la hegemonía. ¿Por qué la hegemonía es tan importante en política?

—La hegemonía es la forma central de la política porque la política consiste en que las afirmaciones de cierto grupo, en cierto momento, se totalizan al conjunto de la sociedad. Con lo cual, la política no es ni una afirmación total que viene de un sector, ni una pluralidad de afirmaciones parciales que establecen una convergencia. La relación hegemónica, entonces, se da cuando una diferencia particular asume la representación de una totalidad que la sobrepasa. En el populismo, las demandas particulares pasan a constituir una cadena equivalencial que atraviesa tanto a la sociedad civil como al Estado y que se opone al poder existente.

—Pero pareciera que muchas movilizaciones sociales tienen un poder en la sociedad civil que no trasladan a la cuestión del Estado, algo que para usted es clave.

—Esa es la debilidad de toda movilización. La movilización pone en marcha una serie de protestas horizontales, pero no se plantea para nada el problema político de la transformación del Estado, lo que lleva a que esas protestas tiendan a desintegrarse rápidamente. Eso es lo que les pasa, por ejemplo, a Los Indignados españoles²⁷. Por el contrario, en Grecia hubo una enorme expansión de la protesta social, pero, al mismo tiempo, existe el esfuerzo político por construir una salida vertical que pase por el Estado, como en el caso del partido de izquierda Syriza.

—¿Qué importancia tiene la comunicación a través de los medios para que se articulen los movimientos políticos?

27 La entrevista con Laclau fue antes de que se formara el nuevo partido político Podemos, que propuso dentro su plataforma varios de los reclamos de Los Indignados. Con lo cual, es probable que su respuesta sobre el caso español fuera diferente a mediados de 2014.

—En Europa la política era un asunto sumamente local, hasta que con el ferrocarril, con el desarrollo de los medios de comunicación, apareció la posibilidad de que existiera lo que Gabriel Tarde llamaba la formación de públicos. Es decir, de gente que está separada por el territorio y sin embargo se comunica y forma una entidad políticamente significativa más amplia. Y con los medios de comunicación masiva actuales, sobre todo con Internet y las redes sociales, ese proceso se está acentuando. Entonces, la presencia de la dimensión informática está cambiando la forma en que se ejercían y en que se pueden crear cadenas equivalenciales entre grupos diversos.

—*Y cuando surge el populismo, ¿dónde queda el poder?*

—Bueno, ahí hay una guerra de posición²⁸, como decía Gramsci, entre un nuevo poder que se va gestando y el viejo poder que se niega a abandonar toda su capacidad de gestión anterior. Esa guerra de posición determina cómo ese poder se redistribuye en la sociedad.

—*Le pregunto porque la definición acerca de dónde está el poder pareciera conllevar posicionamientos políticos diferentes.*

—El poder nunca ha sido un poder político: el poder es social. La noción hobbesiana es que el poder tenía que concentrarse en el soberano. La teoría marxista decía que el poder debía ser abolido porque una sociedad reconciliada no iba a necesitar formas políticas. La visión gramsciana es una

28. "Para Gramsci la 'guerra de posición' es (...) la progresiva disgregación de una civilización y la construcción de otra en torno a un nuevo núcleo de clase. La identidad de los contrincantes, por tanto, lejos de estar fijada desde un comienzo, cambia constantemente en el proceso". Fragmento de *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, editado por primera vez en 1985, Verso, Londres.

opción intermedia: dice que el poder se gesta no solo desde las estructuras formales del Estado, sino también a través del poder que tiene una serie de instituciones para determinar cómo va a avanzar la sociedad. Por eso, la construcción de una hegemonía nueva, decía, comienza al nivel de la fábrica: en el poder de los obreros para imponer ciertas restricciones a las formas en que el sistema funciona. Hoy sabemos que hay muchas más instituciones que restringen el poder que las que pensaba Gramsci: que esa unidad de clase como principio articulador es menos sólida y que ahora los actores sociales se organizan de una forma distinta. Sin embargo, el poder de base que él propone rompe tanto con la idea marxista de un poder absoluto que vendría de una sociedad totalmente reconciliada como con la concepción hobbesiana para la cual el poder está concentrado en las estructuras estatales.

Entonces, el poder nunca es absoluto y el problema, más que dónde reside el poder, es cómo se negocia entre grupos opuestos.

—*Ahora, ¿que un gobierno sea populista conlleva algún tipo de relación específica con los medios de comunicación?*

—Bueno, si los medios de comunicación están en bloque enfrentados al poder estatal de proyecto de cambio, eso representa una limitación seria a cómo ese poder será ejercido. Eso no significa que la alternativa de un monopolio estatal de la información sea una solución. Más bien implica que hay que democratizar la esfera de la comunicación como se democratizan otras esferas de la sociedad. Por ejemplo, en el caso argentino, la Ley de Medios²⁹ repre-

29. Se refiere a la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, sancionada en 2009.

senta un avance fundamental porque rompe con un poder que tiene pocos correlatos en el mundo. En Estados Unidos, un diario no puede ser propietario de canales de televisión porque esa concentración se considera antidemocrática. En casi todos los países europeos eso tampoco es aceptado. Es en la Argentina, y en otros países de la región, donde se da una concentración monopólica del poder comunicacional que es incompatible con la democracia y es lo que esa ley intenta quebrar.

—*Esa concepción se enfrenta a la idea de que los medios de comunicación son solo intermediarios entre la realidad y el público.*

—Claro. La forma ideal sería que los medios de comunicación fueran totalmente neutrales y transmitieran información sin tratar de moldear la opinión pública, pero eso es imposible. Entonces, hay que crear un poder mediático lo suficientemente democrático para que distintas voces tengan un rol en el proceso de información general.

—*Usted plantea que Marx pensó en una sociedad civil cada vez más homogénea, pero que, sin embargo, en el último siglo y medio la sociedad civil se hizo cada vez más heterogénea. Ante ese panorama de mayor diversidad, ¿qué lugar ocupan los medios dentro de una construcción hegemónica?*

—Es cierto, tenemos una estructura social cada vez más pluralista. Por lo cual, la manera en que se articulan los diversos sectores es cada vez más central. Gramsci fue quien representó el paso hacia esa nueva visión. En esa línea, los medios son una parte esencial de la construcción hegemónica porque los significantes se distribuyen a nivel social y la manera en que se da esa distribución determina cómo se constituyen las identidades. Entonces, los medios cumplen un rol capital,

ya que son fundamentales en la determinación de las voluntades colectivas.

—*A lo largo de su trabajo, una preocupación central es cómo lograr lo imposible: la universalidad en un mundo de pluralidades. En ese sentido, como muchos otros grandes actores sociales, ¿los medios proponen relatos universales más allá de que siempre expresan particularidades?*

—Universalizan las cosas de una cierta manera, por supuesto.

—*¿Y qué rol juegan los líderes populistas cuando aglutinan alrededor suyo una pluralidad de demandas con pretensión de universalidad?*

—Ahí aparece el significativo vacío, que implica que las demandas de un grupo particular pasan a ser demandas mucho más universalizables. En ese sentido, los líderes son la cristalización de un momento de enfrentamiento.

Un ejemplo es el de Solidaridad³⁰ en Polonia. Al principio, estaba la demanda de un conjunto de obreros en Gdansk, en los astilleros de Lenin: sus símbolos eran los de un grupo limitado de la sociedad, que presentaba demandas parciales. Pero por el hecho de que esas demandas y esos símbolos tenían lugar en una sociedad en la cual muchas otras demandas eran frustradas, empezaron a darles a esos elementos una significación más universal. Cuando eso ocurre, se da un significativo vacío y se da la cristalización populista: se constituye un pueblo alrededor de ciertas formas de significación, porque cuando esas demandas se expanden al conjunto de la

30. Un sindicato no gubernamental que surgió en 1980 y jugó un rol central en la caída del comunismo en Polonia.

sociedad dejan de ser demandas específicas y pasan a ser los símbolos de un movimiento mucho más vasto.

Ahora, casi por condiciones significativas ineludibles, todo ese proceso tiene que cristalizarse alrededor de un cierto nombre. Ese nombre puede ser de derecha o de izquierda: fue Charles de Gaulle en Francia, fue Benito Mussolini en Italia, fue Mao en China o Juan Perón en Argentina. Pero es importante ver que no tiene un poder ilimitado, porque el líder es líder en la medida en que una serie muy grande de demandas se aglutinan y son respondidas por cierto proyecto.

Una vez que una figura líder aparece como la que aglutina a todo un movimiento popular es muy difícil que demandas parciales puedan plantearse por afuera de ese esquema de poder popular. Pero por otro lado, si esa figura líder empieza a no responder sistemáticamente a demandas, hay una erosión de esa centralidad. O sea que en la relación líder-masa hay un proceso dialéctico de determinación recíproca. Entonces, el proceso de un régimen populista es siempre de dos vías, y puede conducir en un sentido o en otro.

—Su mandato dependería siempre de las mayorías, que ven diversas cosas en ese líder que los une.

—En África está el ejemplo de Robert Mugabe³¹ en Zimbabue, que surgió como un líder populista fuerte frente a Abel Muzorewa y a los otros sectores que querían continuar el colonialismo. Sin embargo, cada vez más fue un régimen represivo. En la medida en que pasó eso, dejó de ser populista porque en sus discursos solo hay clics violentos que no representan a nadie y que aíslan a ese poder. Ahí hay autoritarismo. El populismo nunca es autoritario: cuando el autori-

tarismo surge del populismo, la dimensión populista tiende a evaporarse.

De otro lado, en África hubo regímenes como el de Julius Nyerere³² en Tanzania, que siempre mantuvo un equilibrio entre la construcción del poder estatal que él encarnaba, en lo que llamaba el socialismo africano, y la auto-organización de las masas. Ese balance lo transformó en un líder populista sumamente estable.

En América Latina se está avanzando hacia regímenes que me parecen populistas, en los cuales este equilibrio entre la democracia de base y la gestión del Estado se mantiene y se desarrolla. Eso ocurre en Bolivia, Ecuador, Venezuela y Argentina.

Y eso me parece esencial para un proceso de cambio porque, si no, está la teoría del institucionalismo. Y las instituciones nunca son neutrales: representan un equilibrio de fuerzas entre los grupos. Lo que pasa en Europa lo muestra: la diferencia entre los partidos conservadores y los socialdemócratas es cada vez menor y eso hace que la gente esté cada vez más desinteresada de la política. Entonces, la división del sistema político, la dicotomización del espacio social, es la condición de una sociedad política más integrada, porque si uno cree que todo es lo mismo, no hay ni democracia ni alternativa. Pero eso no quiere decir que el poder popular tenga que ser un poder total centrado en un líder omnipotente, sino que hay que crear formas institucionales nuevas a través de las cuales esta dialéctica entre la centralidad del poder nacional y las democracias de base pueda desarrollarse.

31. Que gobierna Zimbabue desde 1987.

32. Fue presidente de Tanzania entre 1964 y 1985. Falleció en 1999.

—¿Los medios de comunicación pueden servir de articuladores y colocarse de un lugar o de otro en la lucha por la hegemonía que divide al espacio social en dos campos antagónicos?

—Bueno, no solo pueden serlo, sino que es lo que esencialmente está pasando. Las fuerzas políticas, en el sentido tradicional del sistema de los partidos, funcionan cada vez menos como un punto de aglutinación de demandas colectivas. Entonces, esas voluntades colectivas se empiezan a estructurar a través de instituciones que no son tan tradicionales respecto del sistema político y una de estas instituciones, y una muy central, son los medios de comunicación. De esta manera, una vez que las relaciones significativas en la constitución de voluntades ocupan todo el campo de la significación y de la acción social, los medios cumplen un papel aglutinante de primer orden.

—Y ahí hay una tensión una vez que aparece un líder populista porque pareciera que, cuando llega al gobierno, pone en discusión el lugar central que pasaron a ocupar los medios de comunicación ante la crisis de los partidos políticos y de la representación política tradicional.

—Exactamente, ese yo creo que es el problema central.

—En ese sentido, los presidentes progresistas de Sudamérica coincidieron en nombrar, alguna vez, a los grandes grupos mediáticos nacionales como sus principales opositores. Ese fue el caso en Uruguay, Argentina, Bolivia, Brasil, Venezuela y Ecuador. ¿Se puede considerar que lo sean?

—Eso está ocurriendo. Los medios de comunicación son el aspecto más visible, pero hay otros aspectos en los cuales esa distribución del poder, que llamamos hegemonía, se está jugando.

Si la voluntad opositora frente a los regímenes nacional-populares de la región está dispersa y débil, lo que hay es una especie de transferencia de la capacidad organizativa de esa oposición. Y esa oposición va a existir porque los intereses creados en estas sociedades no van a desaparecer. Por lo menos no tan pacíficamente. Entonces, cuando eso ocurre, hay que transferir a algún otro sector social esa función hegemónica de articular la oposición.

En la Argentina, la demanda de los productores rurales en 2008 jugó ese rol: los que se juntaron en ese momento bajo la Federación Agraria y la Sociedad Rural se transformaron en el foco principal de la oposición, que era incapaz de generar un discurso alternativo a partir del sistema de los partidos políticos tradicionales.

En 2012 y 2013, los cacerolazos en los grandes centros urbanos buscaron hacer lo mismo. Y el motor fundamental de toda esa acción opositora son los medios de comunicación: la única institución social que tiene una capacidad autónoma de generar una opinión. Hay ciertas figuras de la oposición que no pueden provocar una bola de nieve que se transforme en un polo opositor. Y los medios de comunicación están lanzados a crear el poder y el sentimiento social de rechazo a las medidas del gobierno para que eso se cristalice en un proyecto político hacia la derecha. Y absorbe a fuerzas que hace un tiempo jamás hubiéramos pensado que eran parte de ese proyecto. Porque en una opción radical en Argentina no tienen opción: o se suman al poder hegemónico del gobierno o se suman al contrapoder hegemónico que representan estos sectores. En 1945 en la Argentina vimos alianzas que cinco o diez años antes hubieran sido impensadas: el Partido Comunista se alió a los conservadores.

Entonces, los medios han sido el principal núcleo de una acción opositora. Eso se ve en Argentina, pero también en

otros países del continente: en Venezuela, Ecuador, Brasil y Bolivia, donde hay gobiernos firmemente establecidos, los principales diarios del país son de la oposición.

—*Ahora bien, pese a que los medios de comunicación fueron acusados de opositores no son omnipotentes: todos esos gobiernos fueron reelectos al menos una vez. Entonces, hay algo de ese poder que no se traduce en las urnas y que habla del efecto limitado de los medios de comunicación. Ante ese diagnóstico, pareciera que a veces el lugar que se les da a esos medios desde los discursos de esos gobiernos está exagerado.*

—Los medios de difusión masiva son un factor de poder, pero pueden ser cuestionados. La gente no es completamente captada y, además, existen otros medios operantes, aunque a veces sean minoritarios, que generan canales alternativos.

El problema es que los frentes opositores tienen poca fuerza en América Latina y la máxima fuerza la tienen cuando órganos de opinión pasan a ocupar el lugar que los partidos de oposición tendrían que desempeñar. La cuestión es que el sistema tradicional de partidos está tan debilitado y disgregado que es muy difícil que la oposición se estructure a través de la acción de ellos. Entonces, los medios actúan como foco de ese programa opositor, pero eso no quiere decir que los medios sean todopoderosos, por supuesto: eso está claro. Al final, es en las elecciones cuando se decide quién va a gobernar un país.

—*Por otro lado, ¿hay diferencia entre lo que se considera libertad de prensa en una democracia liberal y en una democracia populista?*

—El problema de la libertad de prensa radica en si distintos grupos tienen derecho a la expresión de su opinión. Eso sig-

nifica que el poder mediático no debe ser monopolizado: ni por el Estado ni por ciertas fuerzas corporativas que impiden la pluralidad de expresión. Eso hace que en varios países de América Latina la libertad de prensa no sea tal. Es solo la libertad de ciertos grupos para expresarse de ese modo. Por ejemplo, en Venezuela se dijo que no había libertad de expresión porque no se renovó la licencia al canal RCTV. Sin embargo, omitieron que ese canal participó en el golpe de Estado de 2002 contra Chávez. En Estados Unidos, si un medio invocara un golpe, lo cierran inmediatamente.

En el siglo XIX, Domingo Faustino Sarmiento dio un discurso en el Congreso en el que dijo que en pocos años las líneas férreas se extenderían en la Argentina por miles de kilómetros. Y la Cámara le contestó con una carcajada sonora. Entonces, Sarmiento les pidió a los taquígrafos que tomaran nota de esa risa para que en el futuro se conociera a las bestias con las que él había tenido que lidiar. Bueno, hoy en día no tenemos que lidiar con esas bestias, pero a través del monopolio de los medios hay ciertas voces que se oyen sistemáticamente y otras que se omiten.

Ahora, no es cuestión de llegar al ideal de una información absolutamente neutral. La información nunca va a ser neutral. Se trata de llegar a una situación en la que el público esté sometido a una democracia real de sistemas comunicacionales.

—*Los gobiernos progresistas y populistas de América del Sur, al mismo tiempo, se preocuparon por generar voces mediáticas muy críticas de los grandes medios comerciales tradicionales. En general lo hicieron desde medios públicos. Hay, entonces, también una construcción de medios que no son neutrales: son oficialistas. ¿Qué importancia tienen para el populismo?*

—Los medios son una forma de construcción de la opinión. El gobierno tiene derecho a propulsar sus propios medios

de comunicación. Lo que debe ocurrir es que no sea la única fuente de información. Pero tampoco el poder social de los medios comunicacionales puede estar tan monopolizado de manera que las únicas voces que se escuchen sean adversas y que se planteen como medios independientes cuando no lo son.

En una democracia hegemónica, nueva y demás, los medios de comunicación tienen un rol fundamental. Por eso mismo hay que tratar de que haya una pluralidad de voces. Y yo creo que por eso las nuevas leyes de medios de la región son un avance en esa dirección. Es decir, tampoco debe haber una monopolización de los medios por parte del Poder Ejecutivo.

—Ahora bien, para pensar la relación entre la política y los medios, ¿hasta dónde llega el poder del gobierno de un país, teniendo en cuenta que son parte de Estados nacionales y que los flujos mediáticos internacionales son cada vez más importantes?

—La lucha hegemónica ya no es solo nacional. También es una lucha internacional. Un estudio serio en este punto exigiría ver cómo el poder mediático se estructura globalmente y cuáles son las áreas a partir de las cuales la monopolización de ese poder mediático puede ser puesta en cuestión. Porque ahí está la versión ultraizquierdista que dice que el poder mediático es incuestionable. Entonces, uno tiene que empezar a publicar pequeñas revistas y panfletos fuera de ese poder mediático, pensando que un día la revolución va a llegar. Eso, evidentemente, no va a ocurrir.

Lo que hay que ver es cuáles son los desfases y los problemas internos dentro del poder mediático de modo que uno pueda influir en una dirección o en otra. Y ahí es donde me parece, de nuevo, que la lucha hegemónica tiene que plan-

tearse, pero, como vos decís, el nivel de estructuración de las fuerzas no es solo nacional, también es internacional.

—¿El enfrentamiento tan claro entre grandes grupos mediáticos y gobiernos nacionales, marca que la disputa política es por quién narra el devenir nacional?

—Claro. En la Argentina hay una narrativa nacional-popular y una narrativa liberal. Desde ese punto de vista, yo estoy en la continuidad del proyecto nacional-popular con ciertas diferenciaciones respecto de las etapas anteriores, pero es mucha la gente que está ubicándose en estas dos fracciones políticas. O sea que hay dos narrativas distintas, pero esas narrativas no tienen por qué ser antagónicas en un 100%: pueden ser narrativas que articulen diferencialmente elementos que las dos comparten y ahí creo que está la posibilidad del pluralismo.

—Los medios de comunicación trabajan sobre el precepto de representar la realidad y narrar la sociedad. Lo mismo intenta hacer un político con notoriedad: representar a la sociedad y narrar hacia dónde va el país. Esa lucha por la narrativa legítima de las sociedades, ¿se enmarca dentro de una disputa por quién puede representarlas?

—La hegemonía es eso: uno construye a través de ciertas narrativas una visión de la realidad, pero esa visión también influye en cómo la realidad va a ser estructurada. O sea, la lucha hegemónica siempre es una lucha entre narrativas.

—Entonces, ¿cuál es el poder de los medios de comunicación?

—No sé si puedo responder cuál es el poder de los medios. Sí diría que si uno piensa a la clase obrera en Argentina en 1910, los discursos que podían incluirla eran relativamente pocos.

Por entonces, los sectores sociales se articulaban a través de medios comunicacionales muy precisos.

En el presente hay una semiotización general del discurso y eso contribuye a la constitución de identidades de una manera no sé si tan nueva, pero por lo menos, mucho más radical que en el pasado. En esa medida, el proceso de la comunicación es cada vez más central. Y si uno piensa en los medios, es evidente que hoy ya no existe determinación de las voluntades colectivas por fuera del sistema comunicacional.

Capítulo 4

El pueblo, la gente, la televisión y la política. Entrevista a Gabriel Vommaro

“Lejos del poder, cerca de la gente”. El eslogan de *Hora Clave*, uno de los programas políticos más populares de los noventa en la Argentina³³, era claro. Por entonces, se sobreentendía que el rótulo “poder” aludía al Estado y a los políticos, que no se refería a la cuestión económica y que, también, asumía que los grandes medios de comunicación no formaban parte de él. Cuando se hablaba de “la gente” se pensaba en un “hombre común” independiente políticamente.

Fueron tiempos en que se consagró el espacio de la comunicación política, jugado en la televisión entre políticos, periodistas y expertos, como el más importante para definir los problemas de la agenda pública. Ahí se escenificaban y discutían datos técnicos sobre la “realidad”, al tiempo que producían efectos sobre cómo se constituía esa “realidad”.

El sociólogo Gabriel Vommaro³⁴ estudió cómo ese espacio se impuso como forma dominante, y casi exclusiva, de la rela-

33. Su conductor era el periodista Mariano Grondona.

34. Doctor en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de Francia e investigador y docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS).